

Lenguaje y autismo

Ángel Rivière*

El lenguaje es un aspecto central en las preocupaciones de los padres y de los profesionales que trabajamos con personas con autismo. La pregunta que los padres se hacen inmediatamente es: ¿cuándo hablará? ¿Cómo lo podemos conseguir? ¿Qué requisitos harían falta para que el niño mío hablase?

Esto nos señala una intuición poderosa que están teniendo los padres: a saber, el hecho de que hablar (o no hablar) tiene una importancia decisiva en el desarrollo humano. Los esfuerzos –mejores o peores– que hemos hecho los profesionales por conseguir que los niños autistas hablen, han sido siempre uno de los puntos centrales del trabajo con autismo.

Ahora bien; los esfuerzos por entender en qué consisten los problemas de lenguaje que tienen las personas autistas –y esto lo digo sin ninguna arrogancia– han sido limitados. Sin embargo, son esfuerzos que se dan desde Kanner. Cuando Kanner presenta el cuadro por primera vez, en el año 1943, lo define maravillosamente en un artículo aún no superado en lo que hace a la descripción clínica del autismo; inmediatamente después (en el año 1946), el segundo artículo que Kanner publica sobre autismo está dedicado al lenguaje. Ese artículo lleva por título: “El lenguaje irrelevante y metafórico en autismo infantil precoz”. Inmediatamente el descubridor del cuadro advierte que el tema del lenguaje es esencial.

Son muchas las cosas que todavía no comprendemos bien a propósito de los problemas de lenguaje en autismo. Y me temo que, muchas veces, lo que no comprendemos bien –para empezar– es qué es el lenguaje.

Ustedes me disculparán que, en primer lugar, debamos hacer referencia a cosas más abstractas que el autismo. Luego hablaremos concretamente de los niños autistas, y de las posibilidades que tenemos de tratarlos; pero antes tenemos que hacer una cierta reflexión sobre qué es el lenguaje.

Hay una manera de decir qué es el lenguaje que no la he leído en ningún libro, pero que me gusta, me parece interesante. En este momento yo estoy hablando; estoy utilizando el lenguaje. El lenguaje implica un conjunto muy complicado de procesos que me permiten editar mi mente en forma de energía física.

Una definición que suena un poco rara, pero que es interesante. Los estados de mi mente, mis esquemas, mis conceptos, mis creencias, mis representaciones mentales: el lenguaje es un sistema maravilloso que me permite editarlos, como un editor, que los convierte en energía física. Al convertirlos en energía física, esto permite que ustedes recojan esa energía física, la conviertan en estados de mente, y haya una cierta correspondencia entre los estados de mente suyos y los míos.

* Este texto corresponde a un fragmento de la conferencia que dictó Ángel Rivière en Buenos Aires, en el año 1999. Fue publicado completo en Valdez, D. (2001) *Autismo, enfoques actuales para padres y profesionales de la salud y la educación*. 2 Tomos. Buenos Aires. Fundec.

De manera que, en mi conferencia de hoy, si ustedes me siguen con un poquito de interés y yo no la doy demasiado mal, vamos a encontrarnos con unos ciertos estados en que se corresponden nuestras mentes. Y se corresponden nuestras mentes gracias a un proceso maravilloso mediante el cual los estados de mi mente se convierten en energía física; se convierten en vibraciones de las moléculas de aire, en principio.

Hay algo común a ustedes y a mí, en este momento, que es el aire que respiramos, que está vibrando cuando yo hablo. Mi aparato de fonación está produciendo vibraciones muy rápidas, que podemos recoger mediante un aparatito que se llama espectrógrafo, y tomar lo que se llama un espectrograma, que recoge unas ondas que implican variaciones. El aire se condensa y esos procesos ustedes los están recogiendo con un sistema maravilloso, que es el sistema auditivo. Los transducen y así convierten esos cambios de energía en impulso nervioso, y realizan un conjunto complicadísimo de procesos que les permiten acceder a una cosa maravillosa: el compartir con otras personas los estados de la mente. Cuando hacemos lenguaje, estamos editando como energía física nuestras mentes; estamos convirtiendo la energía física en estados de la mente.

Allí tenemos una primera observación. Una segunda observación, clave para entender algo de lo que les pasa a los autistas, es que esos procesos son extremadamente complicados y eficientes en las personas que nos llamamos “normales”.

Aunque no podemos saber con exactitud cuándo apareció en ciertos primates el lenguaje, se tiende a pensar que no hace mucho. Los paleontólogos y antropólogos piensan que esto es muy cercano históricamente. Se presupone incluso que parientes nuestros tan cercanos del *sapiens sapiens* como los Neanderthales no realizaban la actividad lingüística. Se ha reconstruido su tracto vocal, y se ha encontrado que probablemente no tenían la posibilidad de emitir ciertas vocales esenciales para el lenguaje –como las vocales “a”, “i”, “u”-.

Mucha gente piensa que, posiblemente, el lenguaje humano no apareció sino hace unos 150.000 años contados desde ahora. Piensen que, en la evolución, este período es cortísimo. Ya en tiempos sumamente remotos aparece una serie de capacidades maravillosas que modifican completamente el modo de funcionar del cerebro humano; lo cual da lugar a habilidades que ponemos en juego todos los días. Y, sin tener una cierta intuición de la complejidad de esas habilidades, no podemos entender nada de lo que les pasa a las personas autistas.

Voy a referirme rápidamente a algunas de esas habilidades, en términos muy físicos. Yo estoy hablando a una velocidad de entre doce y dieciocho fonemas por segundo. ¿Sabeis lo que es eso? Quiero que reparemos especialmente en lo que esto significa. Su sistema cerebral está distinguiendo entre doce y dieciocho fonemas por segundo.

Fíjense en el siguiente detalle, sin duda muy curioso: si en lugar de ser fonemas yo pusiera una maquinita que emitiera ruidos, a esa velocidad (doce, catorce, dieciséis, dieciocho ruidos por segundo) ustedes no percibirían ruidos distintos; sino más bien un zumbido monocorde.

Sin embargo, en este momento yo estoy emitiendo, a gran velocidad, sonidos lingüísticos; y su oído es capaz de decodificarlos. Y sólo es capaz de decodificar a esa velocidad sonidos lingüísticos, y no cualquier otra clase de ruido. Veán ustedes hasta qué punto esto implica adaptaciones específicas para el lenguaje.

Voy a poner otro ejemplo. Yo puedo emitir las vocales “a”, “i”, “u”; y puedo hacerlo porque mi laringe tiene una cierta posición baja, muy distinta a la de un gorila o de un chimpancé. El gorila y el chimpancé tienen la laringe en posición alta. Y un neonato humano también.

Y eso tiene ventajas; porque resulta que tener la laringe en posición baja hace que tengamos mayor probabilidad de asfixiarnos; y hace que no podamos, por ejemplo, beber agua y respirar al mismo tiempo (cosa que no les ocurre a las vacas, quienes pueden beber agua y respirar simultáneamente). Sin embargo, cualquiera de nosotros tiene que retener la respiración mientras bebe agua. Esto quiere decir que hay desventajas evolutivas que pagamos por el logro maravilloso de tener un lenguaje.

A propósito de nuestra habilidad cuando ejercemos el lenguaje, hay una figura central en el pensamiento de nuestro siglo a la que, sin duda, debemos homenajear: me refiero a Noam Chomsky. Chomsky ha sido capaz de destacar lo que implica esa habilidad de tener un lenguaje.

En este momento yo estoy produciendo unas 150 palabras por minuto. Esa emisión requiere de un sistema léxico: lo que llamamos una memoria léxica. (...)

¿Saben ustedes lo que es producir 150 palabras por minuto, a partir del sistema léxico de un hablante competente que, en su cabeza, tiene almacenadas unas 20.000 palabras? ¿Cómo se las arregla mi cerebro para encontrar la palabra que necesita en cada momento, a una velocidad vertiginosa de 150 unidades por minuto?

En este sentido, para entender que hay gente que no tiene lenguaje, lo primero que hay que entender es que el lenguaje es muy complicado; que no es tan fácil como habitualmente creemos. Los hablantes y oyentes naturales del lenguaje tendemos a tomar el lenguaje de una forma natural. Para nosotros, hablar es como respirar. No nos damos cuenta de la tremenda complejidad psicológica y neurológica que hay por debajo de esa actividad lingüística.

Más maravilloso todavía que disponer de unos 20.000 elementos léxicos, y estar produciéndolos a una velocidad de 150 por minuto, son los procesos complejos motores que en esa actividad intervienen. Ninguna actividad es más compleja que la que yo estoy haciendo con ustedes cuando les hablo. No hay ninguna actividad humana. Ni la que hace el artesano más delicado. Ni la que hacía Stradivarius cuando hacía un violín, ni la que hace un pintor maravilloso; ni la que hace un deportista, que se puede comparar con la actividad normal de co-articular, poner en juego, alrededor de catorce grupos musculares simultáneamente, y cada uno en su sitio, para producir a una velocidad vertiginosa lenguaje.

Pero, además, produzco oraciones gramaticales. Y esto es todavía más serio. Producir oraciones gramaticales es tener en la cabeza alguna clase de mecanismo que me permite producir -y perdonen que hable ahora en términos un

poquito pedantes, como solemos hacer los psicólogos cognitivos- infinitas instancias de lenguaje. (...)

Pero hay algo más. Y es que, mientras yo estoy produciendo lenguaje, estoy realizando adaptaciones sumamente complejas a la mente del otro. Tal vez lo haga mal. (...)

Pero si yo lo hago bien, es porque me estoy adaptando a la situación compleja que es la mente de otros. Aquí hay mentes muy distintas, con preparaciones muy distintas. Aquí hay papás y profesionales. Y tengo que situar un tema en relación a un contexto mental con el que estoy jugando, no sólo edito mi mente sino que además la edito no con relación a un contexto físico, sino con relación a otras mentes. Mi lenguaje es pragmáticamente adecuado, mi lenguaje es relevante, en tanto y en cuanto esté adaptado a esas otras mentes.

Ustedes vienen aquí para que yo les dé información nueva. Mientras hablo, lo que yo estoy haciendo se relaciona con el estado de sus mentes. El objetivo de lo que yo estoy haciendo es producir en ustedes nuevas creencias, nuevos conocimientos, nuevos esquemas, nuevos conceptos. Mi objetivo es, vamos a llamarlo así, fundamentalmente mentalista.

Es como si estuviera tirando piedras al agua, y aparecen ondas. Pero el agua en que caen mis piedras es su mente. -Por favor, no lo tomen a mal; es una metáfora.- Y modifican el estado de sus mentes; y dan lugar a cambios. Sólo seré relevante si modifico el estado de sus mentes. De lo contrario, no lo soy. Si ustedes salen de aquí diciendo: "Rivière me ha dicho lo que yo sabía; es decir, no me ha dado información nueva", pues evidentemente esto sería un desastre.

Ahora bien; para darles información nueva, yo tengo que darles información vieja. Porque si no les doy información vieja, no entienden nada. Yo tengo que suscitar en ustedes esquemas que ustedes tienen, para que ustedes puedan 'enganchar' lo nuevo a lo viejo. En eso consiste comprender. Y eso es lo que tengo que hacer yo, que soy el hablante. Pero la mente en la que algo es nuevo o viejo es la suya; no la mía.

De modo que si yo no me adapto bien a ese estado de las mentes de los otros, lamentablemente fracaso en esa actividad tan compleja y productiva; porque produzco, en la mente de otros, efectos que no son los adecuados.

No soy relevante o no soy pertinente o no soy pragmáticamente adecuado en mi emisión. En ese caso me pasaría lo que le pasa a esa niña autista de la que habla Frith; la niña que le decía a su tía: "Tía, ¡qué bigote tan grande tienes!" Tal vez eso sea un hecho (no lo sé... no conozco a la tía de la niña). Pero es una impertinencia. Para ser pertinente, yo tengo que tener en cuenta el estado de la mente del otro.

Cuando yo hago lenguaje, realizo una actividad esencialmente destinada a producir cambios en la mente de otros. Y ésta es la actividad mentalista por excelencia. ¿Cómo accedemos a la mente del otro? ¿Cómo abrimos las ventanas de nuestras mentes? Mediante procesos muy complejos; procesos que editan energía física y que implican un código común.

Todo esto que estoy diciendo implica una serie de propiedades; propiedades esenciales del lenguaje que vamos a encontrar alteradas en los casos de autismo.

La primera propiedad es la generatividad. El lenguaje es un sistema generativo. Es más: la propiedad de ser generativo significa que un hablante natural de un lenguaje, puede producir infinitas oraciones gramaticales de ese lenguaje, si es competente en ese lenguaje.

Esta propiedad la encontramos muchas veces afectada en los niños autistas, que no pueden hacer eso. Sólo pueden producir instancias de lenguaje que han recibido. Tienen que almacenar el lenguaje como si fueran palabras. Yo tengo una memoria léxica; una memoria de palabras. Las palabras de mi lengua las tengo almacenadas; pero no puedo tener una memoria de oraciones.

Y no puedo tenerla por una razón muy elemental: las oraciones de mi lengua son infinitas; y mi cerebro es finito. Por consiguiente, yo no tengo una memoria de oraciones. Lo que tengo es un manual para armar oraciones, que se llama gramática interna. Mi cerebro sí puede tener almacenada una gramática.

Pero hay niños autistas que no pueden tener eso. Lo que tienen es un sistema que almacena las oraciones como si fueran palabras. Ese sistema no es generativo. Hay niños que, por ejemplo, son sólo ecológicos. En estos niños, todas sus emisiones han sido oídas previamente, y han sido conservadas.

Y algunos niños -los que hacen ecolalias contextualizadas, funcionales- hacen una tarea muy difícil: ponen la oración en el contexto adecuado. Sí reconocen el contexto en el que esa oración es adecuada. Es el caso de un niño pequeño autista que, a la hora de merendar, dice: *¿Quieres galletas?* No dice *Quiero galletas*, sino *¿Quieres galletas?* Pues eso es lo que le ha oído decir a su mamá a la hora de merendar. Entonces lo que hace es almacenar eso. Ese niño no tiene el sistema formal; no tiene la estructura del lenguaje.

Pero está adoptando, por otra parte, una actitud inteligente y comunicativa, que es la que posiblemente adoptaría cualquiera de nosotros si visitara China. Supongamos que yo visito China. Yo no sé una palabra de chino. Pero resulta que estoy en China, y que tengo ganas de merendar. Y lo único que veo es que, poco antes de servir el té de las cinco, allí la gente dice: "*An chang jo*".

Una actitud sensata que yo puedo tomar es, a esa hora, decir "*An chang jo*". Los chinos dirían: "Rivière es ecológico..." Yo soy ecológico en chino. Estoy adoptando una actitud que viola una propiedad fundamental del lenguaje: la de ser un sistema generativo.

En segundo lugar, el lenguaje cumple casi siempre una función ostensiva (o, como también decimos los psicolingüistas, declarativa). Lo que solemos hacer con el lenguaje -y no digo que sólo hagamos esto- son cosas como comentar, describir, definir. Pero no pedir. También pedimos; pero, en contra de lo que han creído a veces algunos psicólogos desde perspectivas muy netamente conductistas, la función de pedir es más bien subsidiaria en el lenguaje. No es la esencial.

La función esencial del lenguaje no es modificar el mundo físico a través de los enunciados. Su función esencial es la de compartir el mundo mental. Lo que hacemos el mayor porcentaje de las veces en que estamos utilizando el lenguaje, hablando con otros, no es poner en práctica la función de pedir (que es aquella que lleva a modificar el mundo físico).

Supónganse que ustedes están en una cafetería, cerca de una pareja. *Pásame la sal*, le dice él a ella. *Dame el agua*, le dice ella a él. *Alcánzame un*

tenedor, le dice él a ella. *Pásame la servilleta*, le dice ella a él. Si al cabo de diez minutos esa conversación continúa en esa línea, seguramente ustedes comenzarán a mirar a esas personas, diciéndose: "O son psicóticos..., o es un matrimonio..." Porque, desde luego, esas personas presentan algún trastorno.

Porque no es eso lo que solemos hacer con el lenguaje, si bien lo hacemos también. Generalmente, nuestra actividad lingüística implica una función mucho más compleja: a saber, la de mostrar el mundo; que es lo que yo estoy haciendo ahora. Yo estoy mostrando un mundo. Esa función del lenguaje se llama ostensiva o declarativa.

Pero hay personas autistas que no tienen esa función comunicativa. Porque es muy complejo tenerla. Para tenerla, hay que ser un mentalista hábil; hay que tener una percepción del otro como sujeto de experiencia; hay que advertir que el otro es un sujeto de experiencia, y compartir intersubjetivamente la mente con el otro.

Vean ustedes que la adquisición del lenguaje plantea un problema muy difícil. Sin duda, el lenguaje es el método por el que accedemos mejor a la mente del otro; pero, para llegar a eso, hay que acceder primero a la noción de que el otro tiene mente. A esa noción la llamamos intersubjetividad secundaria.

Los niños normales nos empiezan a dar muestras curiosas de que tienen esa noción entre los nueve y los diez meses; y esa noción está firmemente establecida hacia los dieciocho meses. No es casual que empiecen a decir palabritas hacia los doce meses, y primeras oraciones hacia los dieciocho. Lo que están haciendo con el lenguaje es expresar su intersubjetividad.

De allí que, en sus enunciados lingüísticos, el niño no pida primero y luego declare; sino que, desde el principio, pide y declara. Cuando el niño pequeño aparece con un zapato en la mano y dice *Papá*, está haciendo una cosa muy compleja. Lo primero que está haciendo es decir -sin decir- una oración: *Esto es de papá*. Está mostrando algo, y está compartiendo con otro su experiencia sobre ese algo. A esa función la llamamos función ostensiva.

Veamos el caso de Jaime, que es un chico autista que actualmente ya tiene treinta años, y a quien conozco desde que tenía cinco. Hace poco tiempo fui a ver a Jaime, y estuve con sus padres, a quienes quiero mucho; pasamos un rato estupendo. Además me quedé contento porque Jaime se alegró. Me dio la impresión de que me reconocía y de que se alegraba; hacía tiempo que no lo veía. Luego tuve una sospecha malévola: la alegría, ¿era sólo por mí? ¿O también porque había masitas con queso...? Es una sospecha. Yo diría que, en todo caso, en su alegría había un poco de las dos cosas.

Jaime ha sido muy ecológico. Cuando tenía trece o catorce años, todos los días llegaba al colegio y decía: *Estoy mal; estoy fatal. Estoy francamente mal...* En realidad, estaba estupendamente; estaba feliz. Pero estaba repitiendo lo que había oído de su madre el día anterior.

Jaime ya no hace esas cosas. De hecho, ya no produce oraciones. Sin embargo, ha avanzado. Jaime produce palabras sueltas, con un léxico reducido: *patatas, pan, Coca-Cola, sal*. Todas esas palabras sirven para pedir.

Todas las personas autistas tienen una dificultad importante para acceder a la función ostensiva; es decir, al uso nuclear del lenguaje. Una dificultad para acceder a lo que solemos hacer cuando hacemos uso del lenguaje.

Una tercera propiedad importante del lenguaje es que éste tiene una alta dependencia pragmática. Y esto es algo muy dificultoso para las personas autistas. ¿A qué nos referimos cuando decimos que el lenguaje tiene una alta dependencia pragmática? Cuando hacemos lenguaje, lo que hacemos está muy influido por nuestra interpretación del contexto mental en que hacemos las cosas; cuando hacemos lenguaje, lo que hacemos está determinado por el contexto, está sutilmente asociado al contexto.

Un comentario puede ser relevante o irrelevante no por sí mismo, sino en función del contexto. *¡Qué día tan bueno tenemos hoy!* puede ser un comentario maravilloso, o puede ser una repelente impertinencia (si estáis en un funeral, por ejemplo). Esa dependencia del contexto implica una dedicada adaptación de la actividad lingüística a una interpretación de dónde estamos, del contexto mental e interpersonal en que estamos.

Hay un cuarto punto, que a mí me interesa especialmente. Tomemos el caso del chico autista que ya haya conseguido entender bastante el lenguaje. Ya ha conseguido entender no sólo consignas u órdenes, sino enunciados. En ese punto, el chico se encuentra con un problema muy serio: los hablantes llamados “normales” dicen cosas que no significan lo que parece que deben significar. El lenguaje resulta ser un mecanismo maravilloso, de doble significado.

Hay enunciados que no significan lo que parece que significan. García Lorca dice: *“Granada era una luna ahogada entre las hiedras.”* ¿Cómo que Granada era una luna? ¿Cómo que la luna estaba ahogada? ¿Cómo la luna puede estar ahogada, y entre las hiedras? Blas de Otero dice: *“El mar, látigo verde”*. ¿Cómo que el mar es un látigo? ¿Cómo que el látigo es verde?

Cualquiera de ustedes, irónica o sarcásticamente, le puede decir a alguien que está hecho un adefesio: *¡Qué guapo te has puesto hoy...!* Quiere decir que, además de todo y ya en el colmo, hay cosas que no significan lo que parece que significan.

Y la mente autista no es así. La mente autista es esencialmente literal. Un autista es una especie de hiperrealista entre mentes surrealistas. Entonces se encuentra con un problema muy serio. No vayamos a creer que la metáfora es algo que virtuosamente hace García Lorca o Blas de Otero. No. Es algo que hacen ustedes todos los días, centenares de veces. Todo el tiempo estamos diciendo cosas que no son lo que parecen; que parecen A, y son B.

Es lo que le pasa a la niña autista que oyó decir *Se le cayó la cara de vergüenza*, frente a lo cual se puso a buscarla. Supongo que es algo parecido a lo que le pasaba una vez a mi hijo pequeño, cuando me estaba viendo por televisión mientras yo estaba sentado junto a él: *¿Cómo mi papá está en la televisión, si está aquí?*

Constantemente, nuestras mentes surrealistas (surrealistas en relación a esas mentes hiperrealistas) están utilizando un mecanismo de doble semiosis. Muchas palabras, incluso, tienen un origen puramente metafórico. A uno le pueden preguntar cómo anda de ánimo, frente a lo cual uno puede responder: *Muy caído*. ¿Cómo muy caído? ¿Qué significa eso? ¿Cuál es el espacio en el cual se te cae el ánimo?

Otro punto difícil para los autistas es la ambigüedad. El lenguaje es inherentemente ambiguo. Y ahí reside gran parte de su grandeza, y también de su

poder conflictivo. Ahí está, por ejemplo, la razón por la cual el lenguaje es un instrumento político que puede ser tan peligroso como una bomba. Nuestro lenguaje no es como los lenguajes formales de los lógicos o de los matemáticos. Las palabras significan muchas cosas diferentes. Pero, para una mente autista, es difícil entender esa dependencia del contexto que tiene el significado.

Por otro lado, el lenguaje tiene, desde su origen, una dirección conversacional y discursiva. Éste es un punto importante, que señala un psicólogo maravilloso llamado Bruner. Bruner dice: no es que el niño desarrolle una habilidad narrativa y discursiva; es que, ya desde antes, la mente del niño es una mente de estilo discursivo.

Por ejemplo: los bebés de tres meses hacen lo que se ha llamado protoconversaciones. Tú hablas con él, y él pone la boca en posiciones parecidas a las tuyas (hace protogestos). Parece que estuvieras hablando con él. De hecho, las mamás y los papás nos sentimos conectados discursivamente con el bebé. Parece que estamos hablando con él; que él nos está hablando. Y todavía no dice una palabra.

Ahora bien; el discurso es la actividad más compleja que se le puede pedir a una persona autista. No hablemos ya de la conversación. Con ese sistema tan complejo, y a esa velocidad terrible, estamos realizando dinámicamente una actividad de adaptación recíproca de nuestras mentes; actividad que estamos coordinando, además, con un mecanismo simbólico. Todo eso es difícil, aunque nos parezca fácil.

Y aquí hay otra cuestión importante: ¿por qué nos parece fácil? Nos parece fácil porque, en esta especie, se produce un fenómeno formidable. El lenguaje humano es el sistema simbólico más complejo que se conoce. Ningún lenguaje artificial (ni el lenguaje de cómputos más complicado) tiene, ni de lejos, la complejidad que tiene cualquier lengua natural humana.

Yo tengo cuatro hijos. Cuando eran pequeños, a veces tenía ganas de decirle a alguno de ellos: *Párate un poco, a ver si puedo entender algo de lo que está pasando...* Iban demasiado de prisa. Increíblemente, a partir de un *input* limitado, el niño empieza a producir palabritas a los doce meses, oraciones a los dieciocho, y a los cinco años posee la gramática completa del lenguaje. La gramática de un niño de cinco años es igual que la del lenguaje de un adulto. Posiblemente, el lenguaje sea el logro ontogenético más formidable que hacen los niños normales con toda naturalidad.

Si no aceptamos que –y allí la posición de Chomsky– inherentemente tenemos un cerebro lingüístico; si no aceptamos que es mucho lo que pone el cerebro del niño (y no sólo el ambiente; porque el ambiente, por mera asociación empírica, nunca produciría un lenguaje), no podemos entender lo que allí está pasando. Ésta es una observación aceptada por todos los psicolingüistas y neurolingüistas.

Con las capacidades generales no alcanza para explicar la adquisición del lenguaje en el niño. El niño tiene que estar especialmente dotado con alguna capacidad al respecto.

(...) el cerebro tiene que formatearse lingüísticamente en un cierto período, que es cuando tiene una peculiar plasticidad. En ese período, con ese cerebro especialmente preparado para entender lo lingüístico, para abstraer reglas, para

comprender, el niño realiza la hazaña increíble de hacer un lenguaje. Cuando los padres nos preguntan si el niño hablará, en el fondo nos están diciendo una cosa muy seria: ese aspecto fundamental que tenemos como especie, que nos permite comunicarnos, “¿mi niño lo va a tener, o no?” Ahí se juega algo importante.

Vamos a encontrar dos subtipos de autismo. Más allá de lo que dicen algunos autores, un subtipo es más raro, más infrecuente. Son niños autistas que, en gran medida, carecen de las habilidades pragmáticas e intersubjetivas que a un niño normal le permiten desarrollar el lenguaje (porque comprende a los demás). En estos casos nos encontramos con un cerebro codificador tan poderoso que hace lenguaje.

Voy a ver si me explico. Allí el niño pone en juego dos cosas: por un lado, la capacidad de abstraer un código. Es como si ustedes estuvieran trabajando para unos servicios secretos, y tuvieran que descifrar un código. El niño se enfrenta al problema de que tiene que descifrar un código. En este sentido, hay algunos cerebros en niños autistas tan poderosos en la capacidad de descifrar códigos (aun sin competencias intersubjetivas y pragmáticas), que hacen lenguaje.

A este tipo de autismo se lo llama trastorno de Asperger. Evidentemente, es un fenómeno más bien raro, pero que sucede. Da lugar a un lenguaje peculiarísimo; un lenguaje formalmente hipercorrecto, pero que puede tener componentes muy pedantes. A veces da la impresión de que el niño con trastorno de Asperger habla su lengua de una manera muy poco natural.

(...)

Recuerdo a Carlitos, que era un niño con trastorno de Asperger. La primera vez que lo vi no pude establecer con él prácticamente ningún tipo de contacto. Tenía habilidades inexplicables. Movía los deditos mientras yo hablaba; si te fijabas, veías que estaba escribiendo. Sabía escribir, más allá de no tener la menor noción de lo que es conversar. (...)

Hay ciertos cerebros autistas que son grandes descifradores de códigos. De hecho, Carlitos es tan gran descifrador de códigos que su afición favorita, a los seis años, era inventar crucigramas. No resolver el crucigrama que venía en el periódico (actividad que, evidentemente, para él era una tontería), sino preparar, armar él mismo el crucigrama.

Así tenemos un tipo de autistas que, en cierto modo, tienen más capacidad formal que la normal. Los chicos con trastorno de Asperger siempre tienen un lenguaje hipersintáctico; un lenguaje hiperformalizado; un lenguaje que nos suena un poco pedante. Lo han recibido de forma peculiar, no tanto en función de la interpretación pragmática de las interacciones comunicativas, como de poseer un cerebro que es un gran codificador.

Allí tenemos, entonces, un caso poco frecuente. Pasemos ahora a un caso más frecuente: el niño autista con trastorno de Kanner. Aquí vamos a encontrarnos con una serie de alteraciones frecuentes que, seguramente, ustedes conocen bien: entre ellas, mutismo (decididamente, no hay lenguaje expresivo en alrededor del 40 al 60 %, según los grupos) y ecolalia (el niño tiende a repetir lo que oye).

Voy a ser en esto muy tajante; sé que lo que digo tiene sus peligros. El niño autista de Kanner sólo tiene un mecanismo ecolálico para llegar a tener un

lenguaje espontáneo. El túnel de la ecolalia le es imprescindible. Otra cosa es que luego trabajemos sobre eso. Pero la única manera de adquirir lenguaje es tomando emisiones concretas y poniéndolas en un contexto. Desde ahí puede llegar a adquirir capacidades analíticas. Hay kannerianos que llegan a actividades lingüísticas altas. Pero yo no conozco a ninguno que no haya pasado por una etapa casi puramente ecológica.

Otra alteración es la inversión deíctica. Un problema del lenguaje es que hay términos lingüísticos que varían con el contexto. Por ejemplo: ¿quién es *éste*? ¿Quién es *ése*? ¿Quién es *aquél*? ¿Quiénes somos *yo*, *tú* y *él*? Estas palabras son de referencia móvil. *Yo* es quien habla; cuando pasa a hablar otro, resulta que *yo* es otro. Y *éste*, *ése* y *aquél* resulta que son distintos en función del contexto.

Otra alteración es el laconismo. El autista de Kanner, en algunos casos, puede llegar a niveles lingüísticos relativamente altos; y eso es maravilloso. Esto ocurre porque ha habido un trabajo serio detrás; y de ese modo cambia la vida de ese chico. Ahora bien; no le pidamos que encima le guste. El autista de Kanner no es un habitante natural del lenguaje; es extremadamente lacónico y literal. El chico autista va a presentar siempre un importante déficit receptivo.

Y aquí ya sé que me peleo con los papás. Pregunta mía: ¿*Qué tal entiende su hijo*? Respuesta del padre: *Mi niño lo entiende todo*. Debo decir que, lamentablemente, el autismo de Kanner siempre implica disfasia receptiva incluida en el cuadro. Siempre.

Luego, lo que entiende el niño va a variar mucho. Hay algunos que no entienden nada; presentan lo que llamamos sordera central. Hay otros que, en cambio, llegan a niveles muy altos; y lo que no comprenden son formas complejas de discurso, si bien entienden esencialmente la actividad lingüística ordinaria. Pero siempre va a haber un problema receptivo.

Uno de los problemas quizás más importantes en las personas con trastorno de Kanner es que siempre habrá una limitación de discurso y conversación. De hecho, si no la hay, más bien hay que hablar de trastorno de Asperger, y no de trastorno de Kanner. Algún chico que conozco, en una buena evolución, ha pasado de lo que en forma clara y prototípica definiríamos como trastorno de Kanner, a hacer un trastorno de Asperger.

Pero esto es muy raro. Normalmente, el chico con trastorno de Kanner tendrá una limitación en el discurso y en la conversación. Va a tener una limitación para acceder a ese nivel complejo del lenguaje que define el discurso y la conversación.

Esto que estoy diciendo va a explicar los distintos niveles de alteración que encontramos en el espectro autista, en lenguaje y comunicación. En el inventario que estamos utilizando para entender estos aspectos, recurrimos a tres dimensiones; y en cada dimensión tenemos cuatro niveles.

Una dimensión está dada por las funciones comunicativas. En el nivel más bajo, encontramos niños que no se comunican. ¿Qué quiere decir que no se comunican? Quiere decir que no tienen ninguna conducta intencionada de relación con otros acerca de algo mediante signos.

En un segundo nivel encontramos al niño que ya empieza a pre-protocomunicarse. Entonces, lo que hace es realizar lo que llamamos conducta instrumental con personas. El niño, cuando quiere algo, me lleva de la mano, y me

pone la mano en el sitio. No hace signos; pero sí hace conductas intencionadas e intencionales de relación. Para muchos niños autistas, éste es un paso gigantesco; porque les abre la puerta para poder controlar, a través de un mecanismo ya casi comunicativo, la relación con los demás.

En un tercer nivel tenemos al niño que sí tiene conductas comunicativas, para pedir; y que pide mediante signos. Pueden ser palabras, o pueden ser signos adquiridos con un sistema del que luego hablaremos; o pueden ser, incluso, pictogramas. Lo cierto es que ya pide mediante signos, y no sólo mediante conductas instrumentales. Pero nunca se comunica para cambiar la experiencia del otro, o para compartir su mundo mental. Es decir: no realiza función ostensiva o función declarativa.

En el cuarto nivel encontramos al niño que ya hace conductas comunicativas (declarar, comentar, etc), pero con limitaciones en la cualificación subjetiva de la experiencia (limitaciones en el modo en que cualifica interiormente eso) y con escasas declaraciones sobre el mundo interno.

David es un autista inteligente, de Cádiz. De vez en cuando me escribe una carta: "*Hola, Rivière*"; y a continuación pasa a describir aspectos de su vida y de su familia. Pero jamás en esa carta aparecen enunciados tales como *Creo que...*, o *Sospecho que...*, o *Recuerdo que...* Es algo parecido a la llamada literatura conductista norteamericana, en la que se describen hechos. David ya está en un nivel muy alto; es un kanneriano de altísimo nivel. Pero tiene un problema en ese nivel.

Hasta ahí, la primera función (la de las funciones comunicativas). La segunda función –muy fácil de valorar– es la del lenguaje expresivo. Los chicos de nivel más bajo presentan mutismo total o funcional. Esto quiere decir que no emiten lenguaje. Puede haber verbalizaciones, que no son lenguaje. Y esto requiere particular atención: a veces hay verbalizaciones que no constituyen lenguaje. Una ecolalia demorada se puede producir más bien por motivos musicales, por ejemplo. Jaime, de quien hablamos antes, cuando decía *Estoy mal; estoy fatal. Estoy francamente mal...*, lo que estaba haciendo era una actividad musical. Le gustaba el sonido de eso.

Pero eso no es lenguaje; la actividad musical no es lingüística. Es más: depende de zonas neurolingüistas completamente distintas a las del lenguaje. Esto lo aclaro porque, para bastantes papás, es un factor de confusión. La actividad musical no es lenguaje. Las melodías, el ritmo, la armonía, no dependen exactamente del mismo sustrato neurológico que el lenguaje.

Para algunos autistas, la tendencia a tomar la emisión lingüística como emisión musical es una dificultad para poder realizar, en su cerebro, el tipo de actividad analítica que implica comprender el lenguaje.

En un siguiente nivel, aparecen chicos que emiten palabras sueltas o ecolalias. De manera que ese nivel se refleja porque el chico nunca crea una emisión. Las que produce no son emisiones que aparecen gracias a sus competencias formales.

En el tercer nivel hay un lenguaje oracional; hay oraciones que no son ecológicas. Javi, por ejemplo, es un autista kanneriano de bastante buen nivel (además, ahora está trabajando en una asociación para discapacitados; hace fotocopias, y está ganando su dinero). En él hay una cosa rara: Javi crea

oraciones gramaticales. Y comprende las oraciones gramaticales; y no las comprende como meros enunciados, sin analizar. Él sí que realiza procesos estructurales.

Pero luego, cuando hablas con Javi, tienes la impresión característica que tienes en la conversación con un kanneriano: es penosamente esforzada. Es como el frontón vasco: tú tiras la pelota, y la pelota vuelve; vuelves a tirarla, y nuevamente vuelve. Ahí pasa algo raro; es como si, teniendo los mecanismos formales para poder compartir contigo el lenguaje, ese proceso de compartirlo fuese extremadamente difícil.

Porque tiene ese carácter de frontón; en tanto la conversación no se logra durante un período muy largo. Esa conversación no tiene el grado de reciprocidad que esperaríamos; gran parte de ella tiene la estructura de preguntas y respuestas. Pero el lenguaje no llega a hilvanarse en una actividad discursiva.

Hay algo importante para entender los problemas de los autistas. Un chico con trastorno de Kanner, cuando ya ha conseguido llegar a un lenguaje formal, cuando ya ha dado unos pasos al respecto (tarea hercúlea que raramente podemos imaginarnos), se encuentra con la última dificultad, la última barrera.

A saber: resulta que hacer discurso y conversación no es sólo hacer oraciones. Mi discurso no es una oración más otra oración más otra oración más otra oración. En lo que ustedes están oyendo y comprendiendo en este momento, hay una coherencia subyacente; hay una cohesión supraoracional que no se remite a la mera suma de oraciones.

Las oraciones son –por decirlo así– los huesos del paleontólogo; son los restos desde los cuales ustedes reconstruyen un significado muy complejo. Para pasar de una oración a otra, ustedes tienen que hacer inferencias muy complejas. Y está el último gran límite en los autistas de más alto nivel.

Finalmente están los chicos con trastorno de Asperger, en los cuales hay discurso y conversación, con limitaciones para adaptar flexiblemente la conversación a los contextos, para seleccionar temas relevantes; y, frecuentemente, con otros tipos de anomalías complementarias.

A esos niveles de lenguaje expresivo corresponden otros niveles de lenguaje receptivo. El nivel más bajo implica sordera aparente; receptivamente, el niño ignora el lenguaje. (...)

Entonces encontramos un primer nivel que se caracteriza por una especie de ignorancia del lenguaje. El lenguaje es como eliminado de la mente del niño. Luego hay un segundo nivel, en donde lo que hace el niño, en realidad, es asociar conductas a emisiones (es el caso de la merienda en China, digamos); comprendo algo sin asimilarlo a un código.

En un tercer nivel ya se da una comprensión de enunciados. Aquí realmente se comprende mediante un proceso de decodificación lingüística, si bien literal y poco flexible, y con alguna clase de análisis estructural. Pero no se comprenden discursos.

En un último nivel, ya se comprenden discursos y conversaciones; pero la dificultad está en la diferencia entre los significados literales y los aspectos pragmáticamente sutiles de la conversación humana. Como vemos, hay una correspondencia entre los niveles receptivos y los niveles expresivos. Por otro

lado, advertimos que el lenguaje es realmente una tarea hercúlea para el chico con trastorno de Kanner.

La última cuestión que voy a tratar es qué hay que hacer. Yo creo que lo primero que hay que hacer es empezar por respetar la complejidad del fenómeno. Advertir que un objetivo que a nosotros nos puede parecer nimio y pequeñito, de comunicación o de lenguaje, puede cambiar la mente y el desarrollo de una persona con autismo.

Los más mínimos avances en la posibilidad de esa persona de regular el mundo social (en muchos casos, el poder llevar de la mano a la persona hasta el objeto que desea, y el tener el nivel de desarrollo intencional como para hacer eso), el darse cuenta de que uno puede conseguir cosas a través de las personas, es un avance espectacular.

A otros, el poder pedir determinadas cosas, algunas de ellas sumamente importantes (*ca-ra-me-lo, beber, comer*), aunque quizá ni siquiera mediante palabras orales sino mediante signos, les cambia la vida. *Lo que no se puede hacer es tratar autismo y no tratar lenguaje.* Ésa es una primera observación.

Una segunda observación, también universal, es que un kanneriano nunca va a adquirir el lenguaje por sí mismo. Con esto estoy criticando, indirectamente, a las posiciones terapéuticas que entienden que lo que hay que hacer es relacionarse con el niño, darle un contexto de no sé qué, reconstruir su personalidad de no sé cuánto...

No; y además, usted tiene que enseñarle lenguaje explícitamente, y con una metodología activa.

Es evidente que el fonoaudiólogo, la fonoaudióloga, el especialista en lenguaje, el psicólogo del lenguaje que se enfrenta a ese niño, tiene una tarea impresionante. Porque ahí se encuentra con una limitación, que es la siguiente: la adquisición del lenguaje por los niños no autistas es tan natural y fácil, que resulta sumamente arduo descubrir por qué mecanismos podemos enseñar explícitamente desde fuera ese proceso.

Pensemos en lo que hacemos con los niños a los que enseñamos funciones explícitamente y desde fuera; por ejemplo, cuando enseñamos a un niño a multiplicar. Normalmente, los niños no adquieren la capacidad de hacer geometría analítica, o de resolver raíces cuadradas.

Me hablaban ayer de un niño con Asperger que resuelve raíces cuadradas. Solo. Nadie sabe cómo. Y tiene cinco años. Es el caso de un desarrollo como 'del revés'; porque adquiere por sí solo las funciones que normalmente son enseñadas explícitamente, y no las que normalmente adquiere un niño a través de una interacción implícita; interacción tremendamente eficaz, pero que no requiere de una enseñanza explícita. Segunda observación: *siempre tendremos que hacer enseñanza explícita del lenguaje y la comunicación.*

Tercera observación importante: el foco del tratamiento siempre va a ser el aspecto funcional; a ése están sometidos todos los demás. ¿Qué quiero decir con esto? El lenguaje tiene muchos aspectos. Es un fenómeno muy complejo; es así que podemos hablar de componentes distintos de la actividad lingüística.

(...) Al respecto, en autismo se ha hecho una gran revolución en los últimos años. Me refiero a la de matizar mucho el tema del código. No necesariamente el código es verbal. Hay muchas personas con trastorno de Kanner que no acceden

a un código verbal; acceden a otros códigos (analógicos, pictogramas, sígnicos; pero no necesariamente al código verbal).

Fundamentalmente, trabajamos con cuatro códigos: un código verbal, un código escrito (que, en algunos casos, tiene en autismo un papel mucho mayor que el que se le está dando), un código pictográfico y un código de signos. Cuál será el que manejemos dependerá de las características del niño, de lo que sea conveniente; pero no debemos empeñarnos necesariamente en manejar un código verbal.

(...)

Esto significa también que los modelos actuales de tratamiento del lenguaje, en autismo, tienden a ser lo que llamamos modelos pragmáticos; frente a los modelos clásicos, que eran modelos muy “de silla y mesa” (“refuerzo de patata frita”) y contextos bastante artificiales.

Sabemos que tenemos que hacer trabajos de silla y mesa y de patatas fritas; pero es esencial la otra dimensión: ¿en qué contexto funcional se usa eso? Tengo que provocar que, en las situaciones naturales del niño, se produzca el máximo nivel de actividad comunicativa.

Esto, por cierto, implica una prescripción absolutamente clave. En concreto, en lenguaje y comunicación no se puede trabajar nunca en contextos de aislamiento (familia – terapeuta, o familia – terapeuta – centro educativo); sino que esos contextos exigen necesariamente una relación estrecha.

Por lo tanto, mi consejo es que desconfíen siempre de ese centro educativo que no da información; desconfíen de ese centro en el que uno no sabe lo que pasa. Porque eso no puede producir nunca resultados buenos. Porque necesariamente tiene que trabajarse en unos determinados códigos, con unas ciertas estructuras, y la familia tiene que estar lo más implicada posible.

(...)

En los avances sobre autismo vamos muy despacito; pero, sin duda, en los últimos años hemos avanzado. Los niños autistas de hoy no son como los que yo veía hace veintitrés años. Tienen más esperanza. Hoy sabemos más.

Y uno de los aspectos importantes, en los avances terapéuticos, es el paso por el cual muchos terapeutas de autistas han empezado a asumir que, para muchas personas con autismo, el uso de sistemas bimodales o pictográficos de comunicación puede ser tremendamente eficaz.

En mi país, quizás el sistema más utilizado hoy sea el programa de Benson Schaeffer. Es lo que se llama un programa de comunicación total. Voy a limitarme a dar algunas ideas muy básicas sobre él.

El terapeuta, el padre, la madre, el profesor, la profesora, siempre produce signo y palabra a la vez. Por eso se habla de sistema bimodal. Y, cuando se trabaja con el niño, siempre se trabaja simultáneamente en dos cosas: en actividades de imitación verbal (en el sentido clásico) y en la producción de signos por parte del niño, de manera que el niño adquiera un repertorio de signos que, inicialmente, están encaminados a permitirle un mejor control del mundo social; a permitirle conseguir cosas importantes de las personas a través de la comunicación.

Quiero aclarar algunos conceptos, para que no haya confusiones. Lo que nos proponemos, en autismo en general (si bien hay casos especiales), no es

producir un lenguaje de signos. Al respecto, hay que distinguir con claridad dos conceptos: lenguaje de signos y lenguaje signado. Pues éstas son dos cosas distintas.

El lenguaje de signos es un lenguaje, obviamente; tiene su estructura, tiene su consistencia lingüística, y tiene toda la dignidad formal, simbólica y de representación que tiene cualquier lenguaje. Lo que pasa es que, en general, son lenguajes que crean ciertas comunidades (las comunidades de personas sordas), y que sirven como cualquier otro lenguaje natural; y si no sirven como cualquier otro lenguaje natural es porque ha primado la malísima política de perseguir el uso de signos en personas sordas para comunicarse. De modo que, entonces, el lenguaje de signos es como si usted aprende alemán.

Otra cosa distinta es el lenguaje signado. El lenguaje signado no tiene estructura de lenguaje propia; sino que acompaña al lenguaje oral. No configura un sistema de reglas independientes del lenguaje oral.

En general, con las personas autistas, es este segundo sistema (el del lenguaje signado) el que podemos utilizar. ¿Por qué? Porque una persona autista puede adquirir lenguaje de signos; y, si es oyente, puede adquirir el lenguaje oral. El lenguaje oral siempre sería un objetivo dominante.

Lo que pasa es que muchas personas autistas no pueden adquirir el lenguaje oral; y no lo pueden adquirir porque el lenguaje oral presenta una serie de peculiaridades. O bien, antes de pasar al lenguaje oral, tienen que pasar –y esto es muy frecuente– por un puente hacia él: me refiero al hecho de aprender un conjunto limitado de signos que le permitan controlar el mundo.

¿Por qué es más fácil un signo que el lenguaje oral; si, al fin y al cabo, el problema del autista no es un problema tanto del código específico sino del sistema simbólico como tal? Es más fácil por varias razones. Entre otras cosas, porque el mecanismo de producción del signo es totalmente visible; porque el signo es mucho más concreto; porque la velocidad del signo es mucho más lenta; y sobre todo porque, al principio, al niño el signo se lo hago yo. No lo hace él.

No necesitamos ni siquiera que imite (y éste es un concepto clave). Los papás a veces dicen: *¿Cómo le va a enseñar si no imita?* No me hace falta que imite; no me hace falta que atienda mucho. Simplemente, cuando él quiere algo, yo le paro la mano en el aire, le presento eso que quiere, y le hago el signo con su mano.

Está el caramelo; el niño va hacia él; yo le paro la mano, y produzco con la mano el signo que quiero. El signo lo he puesto yo, al principio; lo moldeo totalmente en la mano del niño. No me hace falta que imite nada; ni siquiera me hace falta que atienda demasiado. Me hace falta que le gusten los caramelos.

Ésta es una actividad totalmente visible, luego de la cual procedo con arreglo a las pautas normales que implican que poco a poco voy desvaneciendo la ayuda; y lo hago de forma parecida a como cuando le enseño a quitarse el abrigo, mediante un proceso que se llama –en términos de aprendizaje– encadenamiento hacia atrás. Cuando a un niño le enseño a quitarse el abrigo, al principio se lo quito casi todo. Sólo le dejo el final. Y poco a poco voy hacia arriba; de modo que, al final, es él quien se quita el abrigo.

Con el signo procedo del mismo modo: al principio, y quizás durante miles de ensayos, soy yo quien con la mano hago el signo en el niño. Pero luego le voy

quitando ayuda, primero al movimiento. Yo le llevo la mano; yo pongo la mano en la posición adecuada; pongo la forma de la mano. Pero quito ayuda al movimiento; es él quien termina el movimiento solo. Y luego, a la posición; y luego, a la forma.

Le enseño el signo como le enseño a quitarse el abrigo: por encadenamiento hacia atrás. Y asocio una serie de signos a lo que más quiere el niño en el mundo. Los signos tienen unas ciertas peculiaridades. Por ejemplo, tienen el mismo número de movimientos que sílabas la palabra (la palabra *ca-ra-me-lo* reproduce cuatro movimientos). Le estoy facilitando todo; hasta que le doy un pequeño repertorio que le sirve para conseguir las cosas más importantes: *caramelo, mamadera, salir, pis*.

Ahora bien; procuro que el segundo signo que le enseño sea en un sitio muy diferente del cuerpo respecto del primero; y que sea un movimiento lo más distinto posible, de tal modo que lo ayude a discriminar. Por ejemplo: hago que los signos sean máximamente visibles en el cuerpo del niño.

En todo momento me estoy guiando por lo que más le importa al niño. Y, simultáneamente, le estoy enseñando una cosa muy importante: que puede conseguir cosas a través de la comunicación. Y cuando ya tiene un repertorio limitadito de signos, que luego es sometido a procesos de discriminación entre signos (asegurando que el niño discrimina *caramelo* de *agua*), en procesos de aprendizaje por discriminación, empiezo a enseñarle oraciones: *Dame caramelo*.

La cabeza de ese niño está cambiando; la conducta de ese niño está cambiando profundamente. Otra cosa importante, en nuestros modelos actuales de trabajo con el lenguaje, es que no nos empeñamos en el lenguaje oral. Hay niños para los cuales es mucho mejor un sistema pictográfico. Hay niños que llevan bolsitas llenas de fotografías con las que piden cosas del mundo. Pero siempre podemos conseguir que la persona autista acceda a niveles de comunicación más altos.

(...)

Todo lenguaje humano tiene una especie de impulso discursivo y narrativo. Esto lo ve muy bien Bruner, cuando observa que el niño pequeño ya realiza como una especie de actividad protodiscursiva a los dos meses. La forma normal de organizar la experiencia humana es la narración.

Tal vez uno de los aspectos más divergentes de la mente de una persona autista en relación a una que no lo es, es que a la primera le resulta difícil entender la estructura narrativa de la experiencia humana. Nosotros recordamos nuestra vida como una narración. En ella hay personajes, hay intenciones, hay deseos. ¿Cómo sería una estructura de experiencia no narrativa?

Siempre tenemos que trabajar sobre este tema de la narración, hasta con los autistas de niveles más bajos. Les voy a poner un ejemplo. Una madre me pregunta: *¿Debe ver mi niño la televisión?* Respuesta mía: *Esencialmente, sí*. Para muchos niños autistas, la televisión proporciona la única posibilidad de tener una experiencia cercana a la experiencia narrativa.

Lo que no debe hacer usted es entrar en el ciclo obsesivo de algunos autistas que son videomaníacos. Pensemos en ese niño pequeñito autista que estamos viendo últimamente (que no existía en tiempos de Kanner; no porque no existiera en sí, sino porque no había video), que está obsesivamente dedicado a ver, todos los días, "El Rey León".

Les diré, para terminar, cuál es uno de los secretos de mi propia consulta. Cuando tengo a un niño autista pequeñito, con un trastorno hiperkinético feroz, y tengo que hablar un ratito con los padres, digo: *Ponedle "El Rey León"*.

Esa fascinación maníaca y compulsiva por una misma representación está indicando una cosa importante de la mente de la persona autista. A saber, que su mente no es distinta de la nuestra; es, en realidad, un espejo esencial de nuestra mente. El autista tiene la misma compulsión, la misma necesidad y la misma motivación a entender que tenemos usted y yo.

Para él es fundamental entender. Lo que pasa es que tiene dificultades para entender; pero necesita entender. Por eso "El Rey León", visto por vigésima vez, en donde se está repitiendo un esquema que el niño ya anticipa, hace que los procesos que su cerebro no puede llevar a cabo tan fácilmente sean llevados a cabo por el mecanismo inflexible de la memoria. Y eso acerca su mente a un proceso de comprensión.

Porque se trata de narraciones en las cuales el niño tiene relación con un material en donde hay personajes, y unos quieren unas cosas y otros quieren otras, y se persiguen, o se engañan, etc. Las películas de dibujos son esencialmente positivas para la mente de la persona autista. En los chicos autistas de nivel más alto, uno de los objetivos más deseables es poder trabajar en el hecho de que comprendan estructuras narrativas.

La lectura, por ejemplo, para algunas personas con trastorno de Kanner y para todas las que padecen trastorno de Asperger, es por lo tanto una de las actividades terapéuticas más importantes. Porque, a veces, esa dificultad tremenda que pueden tener para entender el estado de la mente del otro y cómo cambian sus procesos mentales en contextos reales (*on line*, sobre la marcha, dinámicos, rápidos), si lo lee en una narración en la que el niño administra su propio tiempo de lectura, le puede ayudar muchísimo. De manera que el acercar en lo posible la mente de la persona autista a esa estructura narrativa de la experiencia puede ser un objetivo esencial de un tratamiento.

Espero que estas reflexiones sobre el lenguaje nos ayuden un poquito a todos a lo que aquí nos importa, que es desarrollar el lenguaje en las personas autistas.